

PREGÓN

DE LA

SEMANA SANTA

OSCENSE

2023



A CARGO DE

JAVIER GARCÍA ANTÓN

DIRECTOR DE EL DIARIO DE HUESCA

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA OSCENSE 2023

“Jesús entra victorioso entre palmas en Jerusalén”. “Cristo, sentenciado a muerte sin posibilidad de apelación al Supremo”. “Jesucristo muere en la Cruz después de que el Padre le enviara a redimir a sus verdugos”. “El Señor resucitó en circunstancias misteriosas”. Todas las cuentas de redes sociales del mundo podrían hacerse eco, dos milenios después, de las vicisitudes del Dios Hijo enviado por el Dios Padre para que fuera el Mesías entre sufrimientos e incompreensión. Parece un relato en forma de noticia falsa, una “fake news”, ¿no les parece? El Padre envía al Hijo a padecer. ¿En qué cabeza cabe? Por menos que esa tropelía, a los progenitores les sientan en el banquillo con gruesas acusaciones. Más de tres siglos antes de la llegada del redentor, Aristóteles había formulado y se había hecho preguntas trascendentales: ¿qué es el ser? ¿Y el ser humano? ¿Existe Dios? ¿Dónde está la felicidad? ¿Qué hay más allá de la muerte? Dios envió a su Hijo para que las respondiera. Y para que inyectara en los hombres y mujeres, sobre la faz de la creación, el libre albedrío para plantearse los interrogantes y avanzar hacia las respuestas. ¿Qué somos? ¿Quién somos? ¿Para qué nuestro tránsito por este valle de lágrimas? ¿Por qué este peregrinar? ¿Hacia dónde vamos? La respuesta está en la trascendencia. En ser para trascender. En la introspección, esto es, la inspección de nuestro adentro. Entender que la proyección transformadora desemboca en el Supremo. En ese Dios misericordioso que no necesita tribunal porque su sentencia es el amor a las personas. ¿Y por qué? ¿Por qué el sufrimiento? ¿Por qué en lugar de entregarnos directamente una arcadia feliz nos coloca una senda de tormentos? Porque el contraste nos hace mejores y, por tanto, dignos de merecer con más profundidad

el amor divino. No, no es un cheque en blanco, sino una labranza día a día, segundo a segundo. De esas por las que van contentos los labradores, porque las espigas de oro ya van granando. Los cristianos, los que seguimos a Cristo, tenemos que desperezarnos. Desterrar las tentaciones del demonio en forma de pereza, de desdén, de desapego a la Iglesia. Necesitamos pastores para renunciar a las renunciaciones. Fíjense la expresión, renunciar a las renunciaciones. Del latín “renuntiare”, abandonar, desistir. Si abandonamos, nos abandonamos. Si desistimos, morimos en vida. La vida terrenal es un camino de obstáculos. Una carrera de vallas. Si las eludimos, quedamos descalificados. Si las afrontamos, estaremos más cerca de la meta. Y, en la meta, lo de menos es el puesto, porque los últimos serán los primeros. Palabra de Dios. Particularmente, este humilde pecador que les habla necesita de hitos que jalonen el camino. De pastores que le guíen por las veredas adecuadas. De luces para avanzar entre las oscuridades. Los encuentro en las lecciones de tantos y tantos prójimos. En las palabras que configuran el peculiar vocabulario con el que todos desenvolvemos nuestro pensamiento y nuestra socialización. Encontré una enseñanza sobre la que apoyar mis pilares, mis cimientos. Me la dio Jorge Mario Bergoglio. Me aleccionó, esto es, me dio una lección que es una explicación. Un manual de instrucciones en unas pocas palabras. Una instrucción de diversidad. “Nos gusta trabajar con nuestro estilo y disciplinamos a toda la gente en nuestro estilo, y eso no está del todo mal pero algo de mal tiene, porque se uniformiza todo”. Asomado al balcón vaticano que es hoy un video, el Papa Francisco sitúa la acción en la mañana de Pentecostés y la actualiza:



PREGÓN
DE LA
SEMANA SANTA
OSCENSE
2023

“Los obispos que eran los apóstoles no entendían nada, todo el barullo que se armó allí, todo el lío”.

“¿Quién hizo ese lío? El Espíritu Santo. Y ¿quién hizo la armonía? El Espíritu Santo. Es el que en la Iglesia hace el desconcierto, el barullo y el que arma la armonía. Es un camino de Iglesia. Podrían haber salido todos armonizados”.

“Si hubiera habido algún cura, hubiera dicho, ¿qué molestia esto, nos mueven el piso, tantos líos, si estábamos bien. Estábamos bien”.

Conocen ustedes la querencia del pontífice hacia el fútbol, como buen argentino universal. “El Espíritu Santo siempre viene para patearnos el tobillo, para decirme no estás tan bien, tienes que ir adelante, abiertos al lío del Espíritu Santo. Después hace la armonía. No tengas miedo”.

“El Espíritu Santo usa a los jóvenes para hacer lío, sí. No le tengan miedo. Ustedes ayuden al Espíritu Santo a hacer la armonía después. No es mirar el futuro, sino el presente. Es mirar nuestra Santa y pecadora Madre Iglesia”.

El lío. Si apostamos por la senda del Señor, no hemos de tener miedo al lío. Ya llegará el Espíritu Santo para deshacer el entuerto, para reorganizar el cubo de Rubik, para apagar los fuegos, para reordenar el caos.

Yo agradezco infinitamente a la Archicofradía de la Veracruz que se haya metido en un lío. Permítanme distinguir entre quienes tienen la audacia de asumir un lío y los que son unos liantes. Es la diferencia entre la búsqueda de la verdad y la imperecedera picaresca de la peor ralea en nuestro país.

Este feligrés, cofrade y penitente también ha elegido el lío. Pudo haberse aposentado en el sofá y ver los atardeceres desfilan ante sus ojos. Pero prefirió, como la Archicofradía, como las cofradías todas, como las muchas personas de

buena fe, ofrecer hasta sus últimos estertores a sus congéneres.

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente”. “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

Es la vara de medir nuestra coherencia. Si Dios metió a su Hijo en el lío de procesionar por un mundo, ¿qué tipo de autoridad moral podemos esgrimir para optar conscientemente por una existencia holgada, cómoda, bobalicona?

¿Acaso el Cristo redentor no se las vio con fariseos y saduceos que le miraron de arriba hacia abajo y desconfiaron con despectivo ademán?

¿Qué hubiera hecho un mesías de estos tiempos posmodernos en los que habitamos en medio de los mercaderes del templo? Hubiera reunido el pecunio común, habría dividido entre gobiernos, empresarios y sindicatos, y habría creado el primer Acuerdo Económico y Social de la historia. Y, sin embargo, vio que se habían apoderado del lugar sagrado todos los cambistas y los vendedores de ganado y palomas. Derribó las mesas y los expulsó convirtiendo el escarnio a la divinidad en lección, otra más, interpretada por fariseos y saduceos como afrenta.

Hoy, fariseos y saduceos menudean, y de nuestra voluntad depende la relación que con ellos queramos establecer, sin necesidad de apelar al método de aislamiento de los esenios para preservar su espiritualidad.

Jesús nunca renunció a su gran herramienta: la Verdad alumbrada por la Luz que guía nuestros caminos. Hizo visible la divinidad de su misión salvífica. Convirtió el agua en vino en las Bodas de Caná, multiplicó los panes y los peces, se metió de hoz y coza en una leprosería, atendió a María Magdalena entre el escepticismo del entorno y llevó a Pedro, Santiago y Juan al monte Tabor para que visualizaran su trascendencia divina.



PREGÓN
DE LA
SEMANA SANTA
OSCENSE
2023

El Espíritu Santo siempre, siempre, ponía la armonía. Era como su asistente personal, invisible, intangible, pero presente. Por eso el Señor se permitió ir a orar a tierra firme y dejó a sus discípulos en la barca que fue vapuleada por el temporal. Los hombres miraron con los ojos limitados del ser terrenal, le atribuyeron la condición de fantasma y Él hubo de replicar: calma, soy yo, no tengan miedo. Pedro, incrédulo, le rogó que ordenara que fuera hacia Él sobre el agua. La falta de confianza hizo al apóstol empezar a hundirse. ¡Qué poca fe tienes! ¿Por qué dudaste?, le incriminó Jesús. El viento amainó y los navegantes extrajeron las conclusiones de la lección: ¡En verdad tú eres el Hijo de Dios!

No se puede encender la luz si negamos la existencia del faro que es el Espíritu Santo. Nadie puede blandir la libertad como un arma con la que ejecutar la responsabilidad. Están indisolublemente unidas.

Piénsenlo. El mundo de hoy cada día parece más una torre de Babel. Es curioso. En esta sociedad del hiper consumo valoramos enorme, desafortunadamente, ser políglotas. Y la pregunta es: ¿para qué? ¿Para tener más posesiones terrenales? ¿Para un mejor currículum? ¿Para viajar más y que nos entiendan en la recepción del hotel? ¿Para pedir una comida o preguntar por una calle? Está bien, está bien. Y, sin embargo...

¿Es lo mismo entender que comprender, por más que sean sinónimos? La respuesta es no. ¿Nos preocupamos por comprender o sólo por entender? ¿Dónde está la verdadera comprensión? ¿Depende de conocer y practicar dos, tres, seis idiomas? No. Hoy, un lugar común llena las conferencias: la empatía. Y, sin embargo, los cristianos podemos presumir de tener nuestro propio término, que aflora de la esencia de las

Sagradas Escrituras: la misericordia. Sentir el corazón de los desdichados, enviarles nuestro corazón.

¿Y si estableciéramos un triángulo virtuoso? La Semana Santa es extraordinariamente propicia para este viaje hacia el bien. Del yo al prójimo. Del yo al Cristo. Del Cristo al prójimo. Una corriente de energía para sentir cómo son muchos los seres humanos que llevan una cruz a cuestas. Y, sobre todo, para pensar cómo podemos evitar que padezcan la crucifixión.

Necesitamos un plan. Siempre necesitamos un plan. Interiorizar una hoja de ruta, como la que realiza la Juventud Obrera Cristiana. Reflexionar-debatir, juzgar en el sentido más amplio del término... y actuar. Cuando pasamos de la reflexión, las posibilidades de lío aumentan exponencialmente. Cuando llegamos a la acción, ya estamos concitando al Espíritu Santo. Ven, por favor, ven, por caridad, y pon la armonía que nos falta. Hemos sido bien intencionados, pero el orden sólo lo puede colocar el tercero de la Santísima Trinidad.

Semana Santa es trascendencia. Del mundo de la materia al de la espiritualidad, para retornar a la concepción holística, integral, del ser humano. Del ser hijo de Dios. Del Dios hecho hombre para vivir en medio de nuestras miserias y nuestras grandezas, de nuestras tristezas y alegrías, de nuestras penurias y nuestras abundancias. Como uno más, Él, que ha creado una estirpe de reyes, se somete a uno de los mayores escarnios que haya sufrido jamás un hombre. Con la dignidad de ser quien es.

Ahora, coloquémonos imaginariamente la túnica y el capirote. Caminemos a pie descalzo, procesionemos y hablemos con el Señor y con nosotros mismos.



PREGÓN
DE LA
SEMANA SANTA
OSCENSE
2023

Metámonos en el embrollo, sin miedos, sin complejos. Dignitas hominis que preconiza Fernando Savater, la dignidad del hombre expresada en la utilidad de lo aparentemente inútil (Nuccio Ordine). Profesión de fe. A ciencia cierta.

Emprendamos nuestro viacrucis. Misericordia, conmiseración, acompañamiento al Jesús sentenciado a muerte. Primera estación. Condenado entre quienes dictan el fallo letal y quienes callan después de haberlo recibido entre palmas y ramos. El silencio pecador y, sin embargo, el ruego: ten piedad de mí.

Caminemos paralelamente al Jesús cargado con la Cruz, con la misma con la que redimió al mundo. La misma que simboliza esas penalidades que arrastramos. La enfermedad, la soledad indeseada, los pensamientos impuros, los reveses cotidianos, nuestra tara de insignificancias. Tercera estación. Y Jesús cae bajo el peso de la Cruz. La doctrina moderna que preconiza que lo importante no es cuántas veces caes, sino cuántas eres capaz de levantarte. Toda la doctrina de hoy está en las Sagradas Escrituras. Señor, pequé, ten piedad y misericordia de mí.

En el desamparo siempre nos halla la Virgen. En todos los momentos de la vida, tornamos a aposentarnos en el regazo de la Madre, para respirar la inspiración de su arrullo. Incluso, sobre todo, en las tesituras más riesgosas, cuando todo parece perdido. Y su aliento se erige en la gran vitamina para proseguir la senda. Y su sabiduría es el faro que indica la dirección hacia la trascendencia.

Quinta estación. El Cirineo ayuda al Señor a llevar la Cruz. Una de las metáforas más hermosas de la condición elevada con la que nos ha dotado el Padre. Ayudar. Porque si auxilias merecerás auxilio. Sin interés. Incluso en medio de la adversidad.

La Verónica enjuga el rostro de Jesús. ¿Tenemos derecho a la indiferencia? En el paño empapado, la regeneración. La dignidad del frescor vivificante, para Él, que es fuente de vida eterna y, sin embargo, padece los rigores del castigo inmisericorde. La mujer, otra vez la mujer, en las entrañas de la existencia.

Las fuerzas flaquean. Segunda caída. La extenuación del espejo divino se convierte en debilidad en la creencia de quienes le rodean. Lo que los ojos miran, lo que los oídos oyen, no se corresponde con la percepción de la grandeza. Es el gran engaño, el gran trampantojo de la carne mortal. Sintonizar en dimensión distinta. Mirar sin ver, oír sin escuchar, concebir la vida en su exterioridad. Sin profundizar.

El zaherido, el arrastrado hasta sus límites humanos, el rey humilde, consuela a las Hijas de Jerusalén. ¿Tanto nos azoran las nimiedades como para ignorar la piel del Supremo Hacedor? ¿Acaso el yo es el destino universal de mi miseria? ¿Dónde está el derecho de interiorizar un mundo de lamentaciones mientras el redentor padece, mientras es hombre de carne despegada a jirones? ¿Dónde la ceguera ante el dolor del prójimo?

No hay dos sin tres. El agotamiento es infinito, el cuerpo se rinde y el espíritu otea la tentación de ausentarse, desfallecida como está la conexión entre la corporeidad y el alma. Cae el ánimo, se sostiene el ánimo. Señor, ¿por qué me has abandonado? Dame fuerzas, Señor, para soportar este rosario de penosidades, dolor sin fin, amparo sin retorno... hasta que llega la luz. De la Cruz a luz. Ahí, décima estación, está Jesús despojado de sus vestiduras. En el instante eterno, quedamos desnudos de lo prescindible. De todo. A los ojos del exterior, las heridas. El signo del dolor, del desgarró.



PREGÓN
DE LA
SEMANA SANTA
OSCENSE
2023

La prueba de la conmiseración. ¿Sabré estar con el que sufre? ¿Podré aliviarle de su aflicción, de su desgarró?

El destino. Jesús clavado en la Cruz. Undécima estación. El Cristo en la rampa de salida de su peregrinación. El espejo en el que se refleja la fe. Señor, ten piedad y misericordia de mí, ya que no fui capaz de evitar que hubieras de ser sometido a la crucifixión.

Te adoramos, te bendecimos, porque en tu Santa Cruz ya has redimido al mundo. Nos has regalado tu modelo, tu ejemplo, tú que pudiste contemplar la singladura de la destrucción de la humanidad desde el confortable sillón de la Casa Celestial. Por eso te adoro, por eso me veo preocupado para aliviar tus llagas, las heridas de esos clavos, la muerte que saca el clavo de la muerte para la vida eterna, esa lanzada vil que tu costado ha convertido en señal de perdón. Y, sin embargo, en tu muerte que es nuestra salvación, refulge el amor.

Todo torna al origen. Estás, señor, con la Madre. La Dolorosa ha seguido a tu lado en todas las peripecias de tu existencia. Virgen María, míranos con compasión, cuídanos a los pecadores que hemos dejado a tu Hijo con la Cruz de nuestros pecados. Guíanos como, en sus balbuceos primigenios del Niño Jesús, condujiste sus pasos.

El viacrucis culmina en el Sepulcro. Pero no termina ahí. Es un tránsito, un leve reposo después de tanto sufrimiento. Un descanso de este valle de lágrimas. El preludio del milagro final, el que da la luz a nuestra existencia. Y la dimensión.

¿Qué somos? ¿Por qué somos? ¿Cómo somos? ¿Para qué? ¿Hacia dónde? Las preguntas, otra vez las interrogantes, y el misterio alojado en el sepulcro hasta la Resurrección.

Te suplico que, cada vez que medite tu Pasión,

quede grabado en mí con marca de actualidad constante lo que Tú has hecho por mí. Esos constantes beneficios. Haz, Señor, que me acompañe durante toda mi vida un agradecimiento inmenso a tu Bondad.

Interioricemos ese viaje del Señor hasta el Calvario. El viacrucis que es ejemplo de entrega a los demás. Vuelvo al lío. ¡Vaya lío el que se buscó Jesucristo! ¡Vaya liada, en expresión joven, la que le preparó el Padre! Y, sin embargo, ahí acude presto el Espíritu Santo para, en términos clásicos, desfacer el entuerto. Para iluminar la armonía.

Acomodados, apoltronados, adormecidos, acomplejados, nos dejamos mecer por una sociedad que penaliza la introspección. El viaje hacia dentro que no es sino un camino hacia nuestra Verdad, la misma que alberga el amor divino. Está en nuestro interior, pero los estímulos superfluos colocan capas que, superpuestas, ciegan la visión. Y abortan la misión. No hay meta en la inanidad. En la nada, los objetivos se reducen a la materia y corremos el riesgo de que la dimensión espiritual nos abandone.

Perdemos, incluso, la concepción del lío, mientras los líos nos rodean y nos asedian. Refugiados en nuestro egoísmo, la miopía y la presbicia nos acechan. Incapaces de mirar lejos, indolentes para ver cerca. Y así se suceden las guerras en Ucrania y las ucranias, la aminoración de la condición de humana que es la injusticia, los terrorismos, la aberración de la vulneración de los derechos humanos, la barbarie de los atentados por género, el castigo a los niños o la destrucción del planeta.

¿Tenemos los cristianos algún derecho para eludir el lío? Es incoherente, un imposible metafísico. Llamarse católico y ponerse una venda en los ojos y unos tapones en los oídos.



PREGÓN
DE LA
SEMANA SANTA
OSCENSE
2023

La condición nos homogeneiza en un sacerdocio militante, en un sacerdocio laico, permítaseme la expresión.

Somos, hemos de ser, un mecanismo singular. Conductos que desembocamos en un tronco común del que emerge una benéfica ramificación hacia la diversidad. La Iglesia una y plural, concernida por una doctrina que emana de la voluntad divina y se expande a la universalidad. En ese camino de vida y de trascendencia, caminamos los cristianos en medio de la dificultad para sacudirnos los complejos. Sí, hemos dado muchos pasos atrás. Por pasividad, por falso confort y por los modismos. No queremos líos. No nos acercamos a las iglesias. Nos cobijamos en la falsaria condición de cristianos poco practicantes. Y nos quedamos tan panchos. Tan tranquilos.

En nuestro anquilosamiento intelectual y espiritual, nos consideramos autosuficientes. Es una actitud de soberbia. Un mecanismo de autodefensa. Un sendero hacia el analfabetismo interpretativo de nuestro ser. No pienso, luego existo. Adiós al cogito, ergo sum. Adiós al siento, luego existo.

Necesitamos argumentos y, en ocasiones, nos sentimos desamparados. Precisamos de pastores buenos, y sabemos que los hay. Pero los precisamos cerca, junto a nosotros. Preocupados por atraer al redil de la verdad a los de fuera. Pero también atentos y cariñosamente entregados a quienes estamos dentro. Incitados y excitados por los estímulos de fuera, pero lealmente resistentes para quedarnos dentro del predio. Nuestro predio.

Por el bien de la humanidad, por el bien del planeta, todos estamos llamados a una labor evan-

gelizadora. Sí, es un lío, pero es que el compromiso del amor es un lío. El amor es un músculo que, de no tonificarlo, se atrofia. Y ejercitarlo exige audacia, valor, determinación.

Cada Semana Santa es un tónico. Sueño con ese Miércoles Santo de la procesión de la Cofradía de Santiago, y del encuentro de hermandad que es la Procesión del Santo Entierro. Con el diálogo intenso con el Jesús enclavado en la Cruz, débil en su cuerpo frente a los hercúleos romanos esculpidos por Felipe Coscolla, poderoso el Señor en su fe que nos impregna, que nos contagia.

Por favor, no confundamos el derecho de eludir el lío con la opción de evitar el lío. El primero nos está vetado por ley natural y trascendental. La segunda, la opción, no representa sino la claudicación ante la tentación del desierto posmoderno de hoy: la renuncia a nuestro yo, la renuncia al amor que va más allá de nuestra esencia, la renuncia a la fe en Dios y a la creencia en nuestras hermanas y nuestros hermanos.

Remover, conmover, mover... Motores de nuestra existencia, guardianes de nuestra identidad. Del individuo a la comunidad. Un camino hacia los adentros para alcanzar la plenitud. La dignidad del ser humano que soy yo. La generosidad que es un bumerán de ida y vuelta.

Si vivimos con intensidad la Semana Santa, incluso si nos atrevemos a crecer hasta en la ufana declaración como Fiesta de Interés Turístico Nacional, nos vamos a meter en un buen lío. Aviso a navegantes. Pero, si vivimos con intensidad la Semana Santa, les aseguro que el Espíritu Santo nos va a premiar con el privilegio de la armonía. Elijamos. Y acertemos, porque en nuestras manos está la Gloria.

